

30

¿Dónde está mi palacio?

Los jóvenes del pueblo salían del boliche de José, y en esas madrugadas comenzaba, frente a mi casa, una búsqueda. Aún con la noche presente, los muchachos y chicas que se habían divertido mucho bailando juntos retornaban a sus hogares y traían con ellos al caminante. Chiche, caído en los brazos de los amigos ya no podía sostenerse, el alcohol había hecho su trabajo. Borracho, venía abrazado a ellos y sus pies casi ni tocaban el suelo. Suavemente el cuerpo pesado de Chiche era dejado en la puerta de una tienda. Justo ahí, comenzaba a hablar en voz alta palabras desarticuladas, que me despertaban y anunciaban que comenzaba una vivencia que duraría hasta la salida del sol.

Llegaba así mi momento. Me ponía las chinelas y cruzaba en pijamas la calle aún oscura.

- Hola Chiche, qué buscas amigo?...El diálogo inentendible comenzaba.

Chiche buscaba dar con su palacio, su casa. Ese palacete, como lo llamaba, no era más que un colchón tirado más dos perritos, en una derruida pieza detrás de un galpón, ahí cerca nomás. El alcohol no lo dejaba pensar el camino, pero mis palabras lo iban a ayudar, como cada viernes de madrugada. Solamente necesitaba explicarle bien donde estaba el este y el oeste y ya se acomodaba lentamente y podía intuir que para llegar a su palacio tendría que caminar al oeste.

Chiche era alto, delgado y ágil, pero en esas condiciones su cuerpo no le respondía. Comenzaba a caminar buscando el punto cardinal que lo llevaría a su palacio y su embriaguez lo llevaba con pasos largos y tambaleantes hacia el sur. Si lo podía frenar antes de cruzar la calle, la tarea estaba cumplida. Desde ahí, con una guía suave, ya reconocía su propia calle y comenzaba el camino hablando y hablando y yo chancleteando a su lado. Llegar al terreno del galpón era fácil. Después, llegar al colchón sorteando un sin número de latas y cajas desparramadas y dejarse caer, en paz.

Muchas madrugadas de viernes, Chiche tambaleaba y avanzaba mucho para el Sur y no podía acomodarse a caminar hacia el oeste. Así, debía pedir ayuda. No había manera de volver. Los puntos cardinales se mezclaban con el alcohol y ni la rosa de los vientos podía ayudarnos. Algún vecino del lugar despertaba por los ladridos de los perros y seguramente se apenaba de la situación. Llegaba hasta nosotros, un saludo de barrial y adormecido, colocaba el brazo de Chiche sobre sus hombros y lo llevaba al oeste, a su palacio.

Cuando salía el sol del sábado, era como si nada hubiera pasado.

Este caminante era ese conocido que estaba presente en todo lugar de reuniones y eventos. Charlas divertidas y graciosas provocaba su presencia. Amigable y respetuoso.

Durante muchos años trabajé por las noches limpiando el edificio del club y lo veía pasar a Chiche caminando, a través de los ventanales. Lo llamaba para compartir unos mates y un poco de queso o de mortadela. Mis cansadas horas encontraban descanso en esas charlas de madrugadas, de baldeos y fregonas, de trabajo duro. Y los viernes, cambiábamos el mate, la mortadela y el queso, por los puntos cardinales.

Chiche era ese caminante que siempre estaba ahí, disimulado entre todos y desapercibido para muchos. Era ese amigo que cada viernes buscaba llegar a su palacio.

El día de su muerte, simplemente me dijeron...pasá por la sala velatoria, falleció Chiche.

Llevaba en mis manos dos botellones de agua y acomodándome subí a mi bici y marché a despedir a mi amigo. Los perritos me recibieron, estaban afuera de la sala. Ingresé conmovida, tanto que olvidé dejar el agua en algún lado.

Dentro de la sala, la cuidadora del lugar me mira y me dice:

- Él no necesita agua.

No sé si el tono del comentario fue irónico o sincero, pero hasta el día de hoy, me quedé rumiando de cuál fue la verdadera intención.

CHICHE:

Ojalá hayas encontrado rápido el oeste y estés disfrutando de tu celestial palacio.